

Pensar en la brecha*

Luis Sáez Rueda

XLV Congreso de Filósofos Jóvenes, Intervenciones filosóficas: filosofía en acción
(Granada, 28-30 de abril de 2008)

El propósito fundamental de la charla es el de intentar mostrar que el pensamiento es, de raíz, acción, que la situación actual de la cultura (al menos occidental) es la de una crisis de pensamiento (y correlativamente, de la praxis) y que la filosofía tiene hoy ante sí el reto de hacer frente, tanto a dicha crisis, como a sus numerosos enemigos.

1. Ser en la brecha, ser errático.

La experiencia del *extrañamiento* atraviesa la existencia del hombre y lo coloca en una situación tensional. Por ser el ser capaz de extrañarse, no vive incorporado a su medio como el agua en el vaso. Por el extrañamiento puede decir “es” y *habitar* un mundo, siempre concreto y finito. Pero precisamente por el mismo motivo, carece de un lazo de esencia con *un mundo concreto*, es decir, es al unísono el ser que no pertenece a ningún mundo en particular. Esto significa que existe como quicio, intersticio o brecha entre la radicación y la erradicación. No se trata de una polaridad de opuestos, sino de una *discordancia en la simultaneidad*. Tampoco constituye una unidad estructural entre elementos en relación, sino una condición bifronte que es en la medida en que se pone en obra y se ejerce en acto (existiendo, siendo), un acontecer discorde entre centricidad y ex-centricidad, pertenencia y ex-pedición. Llamo *ser errático* a este modo del acontecimiento de ser del hombre.

El ser errático, atravesado por esta dis-cordia en acto, carece de propiedad esencial pero esto no significa que no esté en relación con lo propio de sí y de su mundo, sino que dicha propiedad está surcada por la continua ex-propiación. En cuanto habita, es en la responsabilidad de escuchar la interpelación que emerge en virtud de su radicación. En cuanto des-habita, está lanzado en la exterioridad, en la que permanentemente se depone y ex-propia. Perteneciendo, responde de; ex-cediendo su pertenencia, está destinado a saltar hacia tierra de nadie, aún por-venir.

2. Pensamiento naciente e *ingénium*

El pensamiento no es una instancia derivada respecto al ser o existir. El ser errático es acontecimiento pensante. Por pensamiento no puede entenderse el explícito, reflexivo y consciente *dar razón de*. Los juicios expresos, los argumentos *presentables*, las concepciones en cuanto *contenidos acotables*, operan sobre un pensar sub-representativo, que es, respecto a ellos, *nervadura im-presentable e irrepresentable*. Ello se justifica, ante todo, en que el ser errático, en cuanto ser que se extraña, ha adoptado ya siempre, de manera inevitable, un posicionamiento interrogante ante el mundo. Él es, se puede decir, el curso en el que la interrogación vive incurso. Un posicionamiento interrogante no es sólo un acto de interrogación. Es un modo de estar en la tierra que permite preguntas concretas pero no se confunde o agota en ellas. Tampoco es una mera actitud sin contenido. Es un *encuentro* franco y abierto con la problematicidad de lo real y, en su mismo movimiento, no puede dejar de generar un

* Las ideas que se reseñan a continuación implican una discusión con diversas corrientes de la filosofía contemporánea, que aquí ha sido omitida. Forman parte, por lo demás, de un punto de vista más amplio, que he intentado articular en Sáez Rueda, L., *Ser errático. Una ontología crítica de la sociedad*, Madrid, Trotta, 2008 (en prensa).

modo de *habérselas con* dicha problematidad. Ese modo de habérselas no es puro sentimiento o pura emoción. Constituye una articulación inteligente y pre-lógica de la experiencia, un trazado inteligente del habitar y del expropiarse.

En lo que concierne a este punto hay que subrayar, al menos, tres cosas:

- a) El pensamiento no puede confundirse con sus producciones presentables. Es en la medida en que acontece. Como acontecimiento, ni parte de un fundamento, ni está orientado a un término pre-existente. Es *en estado naciente*.
- b) No se puede caracterizar al pensamiento naciente sólo en el léxico del *comprender*. Tampoco en el del puro intensificar la vida (poder como crecimiento y expansión). Al primero le falta aprehenderse como potencia. Al segundo comprenderse desde la punzada o impacto de la *cosa misma* (de la realidad-problema). El pensamiento abre una comprensión del mundo y, al mismo tiempo, se pone en vigor como *potencia*. Ser en el pensamiento es ser gestando significatividad, por un lado, y ser afectando, por otro. Dos caras de una misma moneda. La unidad sentido-fuerza pertenece al pensar en acto. Mirado por una de sus caras, el ser errático —pensante de raíz— es aprehensión y proyección de sentido. Mirado desde su otra cara, es *arco tendido, intensio operante*.
- c) El pensar, considerando lo anterior, es siempre actuar. La acción no le sobreviene al pensar como una explicitación posible de la que pueda abstenerse. Siendo acontecimiento, estremece al mundo. Desde las fuentes de nuestra lengua: *agere, augere*. Escojo el término *ingenio* por su ajuste a lo que quiero decir, y también, de paso, para honrar nuestra propia tradición hispana, olvidada injustamente. Del latín *ingénium*, es más un *operar* inteligente que una facultad abstracta o una competencia reglada. El ingenio, por un lado, no prospera sin la radicación operante en las cosas; es una habilidad o talento que se despierta a condición de que haya que afrontar la realidad, ya sea haciendo frente a dificultades, ya sea elevando lo que hay a la altura de su secreta riqueza. De algún modo, «descubre» una *tesitura* dinámica en el mundo entorno (comprende). Al mismo tiempo, y por otro lado, se *pone en obra* afrontando la realidad problemática, mediante la creación inventiva de una trayectoria insólita, sorprendente, novedosa. Es una especie de *ars inveniendi* que *parte de y hacia* y que, por ser *in status nascendi*, reconfigura sin cese todo «de» y hace surgir una y otra vez un «hacia».

3. Pensar en la brecha y hacer mundo

Al ser errático, atravesado por el extrañamiento, la realidad se le presenta como problema. La posición interrogante que anima al pensar encuentra su contrapartida en un mundo que es enigma y afrenta. Lo real no es categoremático, sino problemático. El mundo es un conjunto de problemas en movimiento. Esta tesis implica dos cosas, al menos:

- a) El pensamiento naciente tiene la responsabilidad de dejarse afectar por la problematidad real. Está arrojado al curso de los problemas. En cuanto habérselas con dicho curso, su dignidad se cifra en el arrojamiento. No hay pensamiento que sea digno de ese heraldo y que, desde su ser arrojado, no se arroje. Pero el arrojamiento no lo es verdaderamente si no cursa en el encuentro con el problema. Un pensamiento que simplemente se lanza, sin dejarse apresarse por la *cosa misma* del problema, no llega a la altura de lo errático: permanece en un vagar sin paradero que es, en el fondo, una inmovilidad ajetreada y, a pesar de todas sus apariencias, sólo hace prosperar la banalidad.

- b) El mundo del ser errático es también, y por todo lo que se ha dicho, errante. La realidad (problemática) es habitada, des-cubierta, abierta. Pero al mismo tiempo, es expropiada de su hogar por el pensar. En la expropiación el ser errático inicia siempre, una y otra vez, el mundo. En su ex-pedición, hace mundo o, mediante una expresión que me es muy querida, hace una nueva tierra. La realidad, entonces, es siempre en un acontecimiento de hacerse, un acontecimiento que se sitúa más allá del habitar y en el curso hacia una nueva tierra, un acontecimiento, pues, ligado simultáneamente a cosas que están dejando de existir y a otras que, en ciernes, no son todavía. Ese «entre» bien podría recibir el nombre de brecha. El mundo es en brecha. Y el pensar naciente que se precie se la juega en su estar en la brecha.

4. La sociedad estacionaria y el colapso del pensar

El desarrollo de la cultura (al menos occidental) ha alcanzado una configuración actual en la que la apertura del ser errático y el hacer del pensar quedan colapsados. Me refiero a esa situación como la que caracteriza a la *sociedad estacionaria*. Esta afirmación es abrupta y rotunda. Su justificación excede con mucho el espacio que aquí tengo reservado, pero me gustaría “orientar”, al menos, su sentido, mediante algunas (leves) aclaraciones:

4.1. Colapso del acontecimiento y organización del vacío. Expresado de un modo muy general, la sociedad estacionaria (en la que estamos) ha quedado enrocada en *un* modo de ser que expulsa cualquier posibilidad de transformación cualitativa. Ello se debe, fundamentalmente, a que ha consumado el nihilismo occidental en su sentido negativo. Digo negativo, porque hay un nihilismo de la potencia que es productivo, a saber, el consistente en reconocer que la existencia del ser errático se funda en la falta de fundamento. Falta de fundamento significa que el acontecimiento tiene su ser en su propio estado naciente, y un estado así no posee tras de sí una razón suficiente de su movimiento ni tampoco, ante sí, un *telos* que determine su curso. En un sentido afirmativo, la nada es esta ausencia de un alfa y un omega del *estar en curso*; también es esa falta de propiedad que, como expropiación, surca al habitar. Dicho *nihil* no es un límite, sino precisamente una potencia activa que dinamiza al acontecimiento. Sin el abismo de la nada no hay para el hombre nada. El ser errático es, en cierto modo, un sostenerse sobre la nada. Ahora bien, la nada en la que se sustenta la cultura actual no es esa. Más bien constituye la imposibilidad de ella. Su nada es el vacío, pura ausencia de ser. Esa ausencia de ser es la impotencia para sostenerse en el acontecimiento, es la disolución del ser y del pensar como acontecimiento naciente.

Sin embargo, esta situación, en la que ya no hay espacio para el acontecimiento, vibra de movimiento. Es un ajetreado y hasta estresante producir y suceder. Esta paradoja tiene su explicación. En la ausencia de acontecimiento el hombre necesita ocultarse a sí mismo su vacío. La forma en que lo hace Occidente parece una huída hacia delante, como la que se emprende en ciertos procesos neuróticos: silenciar el rumor amenazante del vacío mediante una compulsiva actividad. Pero como esa actividad no quiere, por otro lado, hacer mundo, se convierte en una *organización del vacío*. Hoy vivimos en el vértigo de una acción que es parálisis, en un tráfigo del hacer que es pura inmovilidad. La sociedad estacionaria parece estar en movimiento, pero solo administra su vacío. Y cuanto más grande es el vacío, mayor es la actividad que lo organiza.

4.2. Genealogía del vacío. Pero, ¿por qué se trata de un vacío? ¿En qué se basa la afirmación de que la sociedad estacionaria expelle fuera de sí al acontecimiento? Hay diversos procesos que convergen en ese resultado, y su investigación es una tarea que pide hoy una investigación ingente. Algunos de estos procesos (entre los que se podrían despejar en un largo y paciente proceso de investigación) son los siguientes:

a) La racionalización de la vida. Desde la revolución científica de la modernidad, al menos, se despliega un empeño por operacionalizar el acontecimiento. En términos muy simples: por subsumir la cualidad en la cantidad. *Mathesis Universalis*. El *acto* de aprehender o de comprender —que en cuanto acto, es irreglable, ser salvaje— se hace sospechoso. Se lo considera emisario del mito. La cultura moderna se esfuerza por *explicar el comprender*, por dar razón del «acto de» en términos del suceso reglado. Por su parte, la fuerza, la potencia, resulta también sospechosa, como si fuese un resto de misticismo que hay que racionalizar. La fuerza o potencia se toma como una entidad a reducir en términos de operación y ley. Estos procesos se despliegan en miríadas de escenas. Lo sabemos. El mundo de la vida está siendo sometido en la actualidad, por multitud de cauces, a una operacionalización creciente y descarada. Lo que no es operacionalizable —dicta el presente— simplemente *no es*. El «acto de» tiene que someterse —éste es el dictamen— a formas de operación objetivables, medible, cuantificables, reglamentables. Hacer política, según ello, ya no puede aspirar a consistir en iniciar un *ágora* nuevo. Se agota en un programa de operaciones de las que se espera tal o cual resultado. Educar, por lo mismo, tiene que ser —y en nombre de la calidad!— no una dimensión de acontecimiento, sino un proceder capaz de ser presentado en un conjunto de procedimientos, métodos y técnicas. Investigar, lo mismo: quien quiera investigar hoy, o tiene que hacerlo en soledad, o tiene que hacerlo como *empresa*. En el mundo de la vida en general, ¿cuántos ejemplos podríamos aducir? Mostrar, no: hay que demostrar. La burocratización de la existencia, éste es otro ejemplo (no necesita ni siquiera una aclaración).

Es un potente dispositivo que quiere lo que no se puede querer: disolver el acto en las formas regladas de acción; disolver el acontecimiento en la con-formación de los hechos, en su relación funcional y operativa. Tan es así, que la filosofía cae en el engaño y produce justificaciones por doquier: ¿mente? Computación; ¿comportamiento? Sistema de funciones.

El proceso es implacable. Quien no se someta, queda en la cuneta, no sirve. Y mientras tanto, una multitud de seres humanos se ufana de haberse hecho habilidosos en el proceso. Son los que mejor conocen los procedimientos. Se doblegan a ellos, los potencian, crecen en su dinámica y llegan al poder.

b) Parcialización y separación de la operación y del acontecimiento. En el trabajo, operacionalización. En la vida, puro goce. Especialistas sin espíritu, gozadores sin corazón.

c) Realización por des-realización. El proceso de operacionalización y administración de la existencia no actúa reprimiendo. Ha encontrado un modo más efectivo. Promueve conductas. De esa manera el proceso se autoorganiza.

4.3. Ficcionalización del mundo

La organización del vacío en la sociedad estacionaria no se presenta como alternativa. Sustituye a la realidad. La representación y escenificación de X sustituye a X. La organización del vacío se expresa en una organización de la apariencia.

4.4. Resentimiento generalizado

En la organización del vacío el hombre experimenta su nulidad. La vida se le presenta como lo inhospitalario, el mundo como lo inmundo. Desarrolla, en consecuencia, un resentimiento —vago, difuso— contra la vida. Pero, como en el seno de la ficcionalización del mundo ya no hay mundo sobre el que verter el veneno del resentimiento, lo proyecta sobre el otro. El otro ha de tener la culpa de todo esto. Por una retícula de circuitos, este resentimiento se expande y se generaliza. Se convierte en un apriori comunicativo. Comprenderse a sí mismo es cada vez más parecido a *comprenderse contra un... infiel a la causa*.

4.5. El capital

El movimiento del capital, hoy globalizado, encaja muy bien en la organización del vacío. Le vienen como anillo al dedo todas sus formas: el proceso de operacionalización lo hace más operativo y eficaz, la realización por des-realización le asegura nuevas formas de «autoorganización» reticular y expansiva (el trabajador creativo que tiene *libertad para*, etc.).

Si no lo he mencionado hasta el momento es intencionadamente. Quien afirma que hoy la realidad se identifica con el capitalismo, lleva razón y no la lleva. Lleva razón porque el neoliberalismo y el proceso del capital es ingrediente fundamental de la organización del vacío. No lleva razón si piensa que el capitalismo es la única y la más profunda clave de la sociedad estacionaria. Esa suposición peca de parcialidad y de simplismo. El capital organiza la existencia y alcanza a todos su recovecos. Pero es uno de los modos de la organización del vacío, quizás el más patente, pero no el fundamento. La organización del vacío es un fenómeno ontológico, no sólo un modo de organización del trabajo y de la economía. Si el capitalismo se ha convertido en un modo de ser, si ha adquirido el rango de un proceso ontológico, es porque encaja perfectamente con el subsuelo ontológico más amplio y complejo de la organización del vacío. El sufrimiento del trabajador en el cautiverio del capital es un rostro de la angustia del hombre en el más amplio proceso que venimos señalando. Cuando la lucha contra el capital se comprende a sí misma en el seno de esta otra más amplia, mira a su entorno de modo más elevado. Cuando la lucha contra el capital se entroniza como única y exclusiva forma de lucha, hace un flaco homenaje al pensamiento y deriva, tarde o temprano, en una búsqueda de pureza. El Gran Inquisidor del Capital pone a pelear a sus oponentes en una lucha por la pureza. Todo totalitarismo supone una ontología de la pureza. Por eso, los críticos fanáticos del capitalismo imitan su proceder: se afanan en reprocharse unos a otros la insuficiencia del diagnóstico, siempre con la recriminación de que la crítica realizada por el otro está, ella misma, al servicio de lo criticado. Como si existiese un «fuera» de nuestro «Afuera», que es el mundo en el que estamos, un fuera incontaminado, fértil paraíso de lo incorruptible. Ocurrió con Robespierre, que se autopresentaba como incorruptible, y en todo el proceso de la revolución francesa, en la que se llevó a cabo una sucesiva ola de búsqueda del opuesto, es decir, del presunto hipócrita, en una verdadera caza de brujas. Ocurre entonces como si la duda cartesiana hubiera llegado a convertirse en el principio de la acción política. Bajo ese furor en la caza de brujas se expande una paranoia autoinmunizada del crítico, por la cual se atribuye

tácitamente al *genio maligno* —el «sistema»— un poder insobornable. Pero no hay pureza ni *poder omnipotente* frente al cual haya que buscar una garantía de fidelidad, inversión patética del *cogito* moderno. El ser errático existe sin garantía y necesita, más que otra cosa, confianza en su propio ingenio.

5. Resistencia

5.1. Si «politizar la vida» significa reconocer que toda acción y pensamiento tienen una incidencia en la esfera política, la expresión puede servir para explicitar un rostro de la resistencia frente a la sociedad estacionaria. Si la expresión, por el contrario, significa que no hay acontecimiento o acción a menos que éste comporte las formas exteriores más palpables de la acción comúnmente llamada política (ocupar un edificio, hacer una huelga, etc.), la recomendación es unilateral y dogmática. La expresión artística, el ejercicio de la filosofía, el valor de la palabra naciente, ... hay una multiplicidad de formas de resistir. El pensar es hoy objeto de una multitud de violencias que pretenden disolverlo, cada una de un modo y a su arbitrio: logicismo, sociologismo, antropologismo, cientificismo, ... Todos estos procesos de disolución pugnan, en el fondo, por extraer a la filosofía de su medio ineludible, es decir, del pensar en cuanto tal. ¿Es necesario también que se lo disuelva en politización?

5.2. No basta con resistir. La crisis actual del mundo, la organización de la carencia y del vacío, el ajeteo de la sociedad estacionaria, tienen su raíz en la parálisis del pensar. Del pensar en estado naciente que se ha descrito, anteriormente, como acción, acontecimiento. Desear que vuelva este pensar es desear que se abra de nuevo el espacio para el ser errático, que niega (o deniega) un habitar, pero que se arroja, al unísono, en la afirmación de ese acontecimiento de hacer una nueva tierra. En esa tarea hay, al menos, dos desafíos:

a) El desafío de generar un espacio de pensamiento realmente agonístico, más allá de la indiferencia y también del resentimiento generalizado. Una de las líneas de pensamiento-acción que aquí se abren es la de una *ontología crítica* que profundice la genealogía del vacío y que desenmascare formas aún desconocidas de la ficcionalización del mundo. Otra es, en positivo, la del ensayo: ensayo de nuevas escenas en las que el pensar llegue a ponerse en obra.

b) El desafío de trabajar con la propia locura. La locura, en un sentido ontológico, es el punto ciego desde el que se mira y no puede ser visto. El punto ciego es inevitable y proyecta una sombra sobre el otro que lo hunde en la oscuridad. Siendo inevitable, cabe sin embargo ensayar con él. El cenit hace relación con ese momento del día en el que la luz cae verticalmente y la sombra se reclina hacia sí mismo. El ser errático no es un ser sin moral. Puede aspirar a convertirse en un *hombre cenital*, es decir, en un hombre que procura a lo largo de la vida que su ineludible locura recaiga sobre él mismo. Éste es un imperativo del existir en cuanto anhelo de estar a la altura de sí mismo.

Luis Sáez Rueda

15-abril-2008.